

BUEN HUMOR

40, CÉNTIMOS



XIMENEZ-HERRAIZ

Dib. XIMENEZ-HERRAIZ.

ALEGORIA DE CARNAVAL



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ

2. PUENTE

POLVOS
LEYER

LOS TAMBOY
POLVO INSECTICIDA
LEYER & COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR

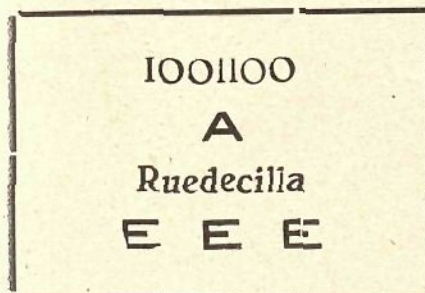


por DIEGO MARSILLA

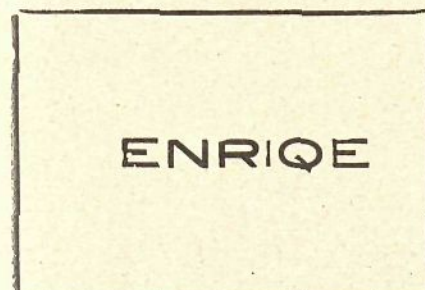
Núm. 13.—Queda uno cansado.



Núm. 14.—Para no romperse
un diente.



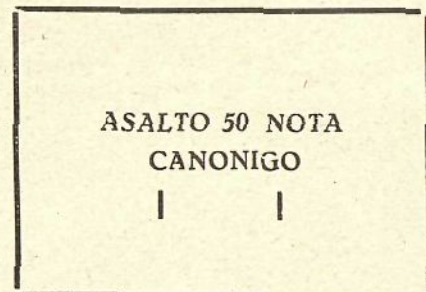
Núm. 15.—¿Qué te parece ese
artículo.



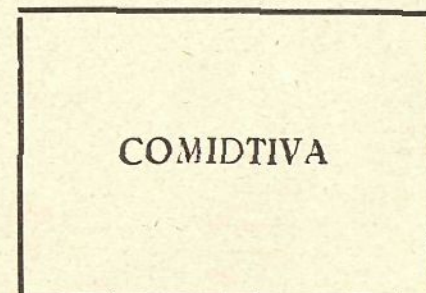
**SOMBREROS
BRAVE
6-MONTERA-6**



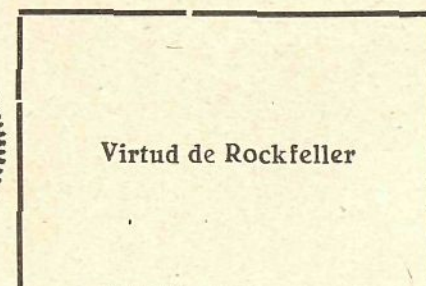
Núm. 16.—Para tomar a peque-
ñas dosis.



Núm. 17.—Si se cambia un acen-
to resulta un suicidio.



Núm. 18.—Nombre.



Evita la caída del pelo. le da fuerza y vigor

ALCOHOLATO AL ABROTANO MACHO

EXITO CRECIENTE DESDE EL 28
DE NOVIEMBRE DE 1904

Premiado en varias exposiciones

Venta exclusiva en Madrid:

La Alcoholaria Española. Carmen, 10.

Cuidado con las imitaciones



Exijase esta marca en el precinto
del frasco

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solu-
ción que se nos remita con destino
a nuestro CONCURSO DE PASA-
TIEMPOS del mes de febrero



Es el fijapelo VARON DANDY el único indicado para realzar la belleza del peinado moderno, siendo sus muchos imitadores rechazados por el público selecto.

Lo que cabe en la yema de un dedo es suficiente para mantener el peinado impecable durante todo el día.

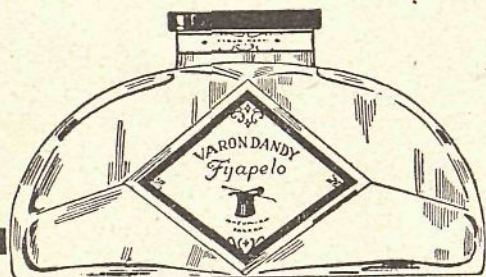
No es gomoso ni grasoso y está exquisitamente perfumado.

Fué el primero fabricado en España y sigue siendo el único insustituible.



De venta en
todas partes.

PERFUMERIA
PARERA
BADALONA



El legítimo «Varón-Dandy» sólo se vende embotellado. A granel es siempre falsificado.

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario a tres pesetas una. Se envían certificadas si al remitir el importe acompañan 0,30

Aves, huevos y caza
Florencio Fernández
Calle Mayor, 55, Tel. 10870

ANTONIO ROLDAN
Esta prestigiosa Casa, instalada en el número 48 de la calle Mayor, es una verdadera especialidad en figuras para regalos, objetos de arte y fantasía, vajillas, cristalería.

SOBRINO DE
ASENJO
JOYERIA Y PLATERIA

Carretas, 15 y 17

TELEFONO 11.972

MADRID

EMBROCACIÓN
"HÉRCULES"

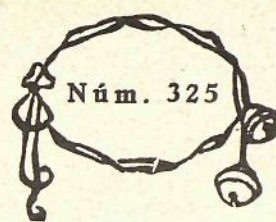
LINIMENTO suave y limpio
Cura REUMA, DOLORES,
GOLPES, CONTUSIONES,
LUMBAGO, etcétera.

Único producto español que es fácil y absorbible por la piel, dejándola blanca y fina.
VENTA: Principales Farmacias y Centros farmacéuticos
Autor: G. Fernández de Mata
La Bañeza (León)



BUEN HUMOR lo vende en la
ISLA DE CUBA
CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE
La Moderna Poesía, Pi y Margall, 135
y
Librería Cervantes, Avenida de Italia, 62
HABANA



Una triste historia de Carnaval



Mi primo Eduardo era un hombre melancólico; es decir, era de esas personas que no conceden importancia al nudo de la corbata: lo mismo le daba que estuviera bien que mal hecho.

Aquel lunes de Carnaval le dije:

—¿Quiéres que nos disfracemos?

—Bien. Es preciso divertirse algo—me respondió.

Después de meditarlo convenientemente acordamos que él se disfrazaría de *pierrot* y yo de *destrozona*. Así lo hicimos, pero en el instante de colocarnos nuestras respectivas caretas surgió, inesperado, un pequeño inconveniente:

Mi primo Eduardo poseía una robusta nariz. Debido a esto tan sólo, resultaba que no había careta que le sirviera.

Propuse:

—Haremos un agujerito...

—Bien.

Y la nariz de mi primo Eduardo, como las banderas de los consuados, colgó fuera. Pero se veía que, a pesar de todo, estaba muy lejos de hallarse satisfecho.

—Tendré frío. Esto es molesto—protestó mi primo.

Este era otro inconveniente, mas lo obvié diciéndole:

—Sí; pero, en cambio, puedes sonarte sin quitarte la careta.

—Tienes razón.

Y nos lanzamos a la calle.

* * *

Nada más desembocar en Rosales nos encontramos a las señoritas A y B. La señorita A, si fuéramos a creer en sus manifestaciones, iba disfrazada de *fantasía de princesa*. La señorita B, después de ser hábilmente interrogada, nos confesó que se había disfrazado de

gitana del Perchel. En vista de esto entramos en una taberna cualquiera. Allí tomamos todos cierta cantidad de anís, excepto la señorita B, que ingirió, con evidente apetito, un elevado número de bocadillos de jamón y tres raciones de queso.

Mi primo Eduardo indagó de la señorita A con cierta ternura:

—¿Es usted de Madrid?

—No; soy andaluza—manifestó la señorita A con un marcado acento galaico.

—¡Bello país!—alabó mi primo—¡Admirabl epaís! Andalucía...

Y la conversación se derivó lamentablemente hacia cuestiones de climatología regional.

Después de comentar convenientemente

la sublime belleza del cielo andaluz, mi primo, las señoritas A y B y yo nos encerramos en un angustioso mutismo, impelidos a ello acaso por no saber qué decirnos.

La señorita A fué la que rompió el silencio en virtud de una extraña maniobra. Comenzó por oprimir con terco cariño el muslo izquierdo de mi primo. Luego contempló durante largo rato su nariz con estática atención. Bajó púdicamente la mirada hacia su falda y, de pronto, cuando menos pudiéramos esperarlo, musitó:

—¡¡Mcreno!!

Mi primo Eduardo se sonrojó avergonzadísimo. Pretendió beberse el contenido de un palillero que estaba junto a su copa de anís. Reaccionó:

—Me gustas mucho, ¡mucho!—dijo sin gran entusiasmo—. ¡Todo esto!... En el fondo odio a las pianolas, pero... ¡qué quieres!... Lo cierto es que nadie sabe nada... ¡nada!...—gritó.

Se pasó la mano por la frente. Trató de sonreír. Luego aventuró, mientras oprimía una mano de ella:

—¡Te parece muchísimo a Margarita Gautier!

—¿Sí?—chilló ella de un modo que traslucía inequívocamente que jamás había oído hablar de Margarita Gautier.

—Sí—concedió mi primo.

Y el silencio cayó de nuevo sobre nosotros.

En esto se abrió la puerta del fondo y unos cuantos caballeros, pintorescamente disfrazados, acompañados de tres o cuatro señoritas delicadamente ataviadas, hicieron irrupción en el local.

Para demostrarnos de un modo convincente lo mucho que se divertían, nos arrojaron siete u ocho serpentinas y



Dib. SILENC.—Madrid.

unos cuantos puñaditos de "confetti". Uno de ellos—por cierto muy gracioso y muy simpático—utilizando con inigualable destreza una porra de hierro que portaba, golpeó, algo violentamente la cabeza de la señorita B. La señorita B se permitió desmayarse, después de lanzar un agudo grito por el que fué muy felicitada. La empujamos debajo de una mesa y seguimos divirtiéndonos.

A las dos horas de esto, un señor desconocido, se acercó a advertirme que él jamás había pretendido ofenderme. Le respondí con lágrimas en los ojos que juzgaba superflua semejante declaración.

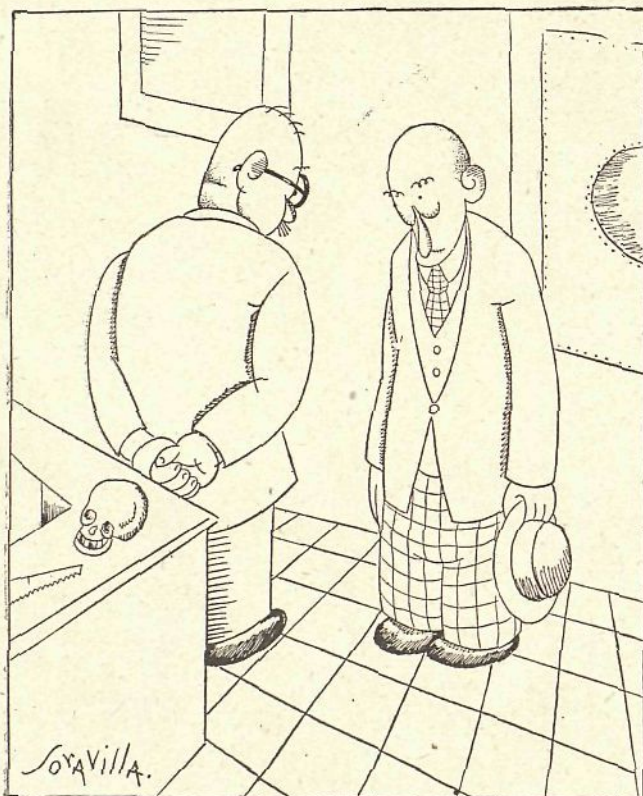
—Yo soy asturiano, ¿saber?—le aclaré.

Entonces un caballero pequeñito que se hallaba disfrazado de *charlot* pronunció esta inquietante frase:

—Pi y Margall.

Y trató, aunque inútilmente, de entonar la Marsellesa.

Alguien propuso que organizáramos un coro con objeto de cantar algunas canciones. Dicha proposición fué aceptada inmediatamente. Después de discutir durante largo rato, la mayoría optó por la siguiente canción que resumo: Parece ser—así lo dice la canción—que cuando fallece un fraile sus compañeros se alegran sobremanera.



Dib. SORAVILLA.—Madrid.

—¿Y qué microbio es el que me produce la fiebre?

—El "*plasmodium malarie*".

—¡Ah, bueno! Era por saber con quién me gasto los cuartos..

En efecto; la ración del difunto se la reparten equitativamente entre los demás. Acto seguido, y con cierta incongruencia por cierto, aseguramos todos que durante toda la noche habíamos estado pensando en una bella joven que al parecer era morena y bastante graciosa.

Fué entonces cuando una serpentina arrojada por mano anónima tropezó en la nariz de mi primo Eduardo. Mi primo Eduardo para corresponder a aquella delicadeza arrojó, a su vez, otra serpentina. De una mesa próxima le respondieron arrojando "confetti". Mi primo tiró otra serpentina. Entonces tres señores que se hallaban en nuestra mesa pretendieron ayudar a mi primo en el lanzamiento de serpentinas...

De pronto un trozo de pan cruzó el espacio.

—Se han terminado las serpentinas—me advirtió mi primo.

A los cinco minutos se había terminado el pan. Entonces un bock de cerveza se estrelló en la frente de un señor que se hallaba a mi lado. Cayó sin proferir una queja. Repelimos la agresión arrojando dos palilleros de cristal. Tres copitas de anís cayeron en nuestra mesa. Les respondimos arrojándoles un sifón que por desgracia no hizo blanco. Ellos nos arrojaron tres sifones, logrando poner fuera de combate a dos de los nuestros. Entonces mi primo Eduardo les tiró un velador, matando a un joven pequeñito que se hallaba disfrazado de demonio. Ellos nos tiraron dos veladores y tres banquetas. Esto nos ofendió muchísimo. Contraatacamos atrincherándonos en un barril de cerveza y arrojando botellas de la estantería. Entonces no sé quién, tiro un tiro.

* * *

Como se nos olvidó quitarle la careta a mi primo Eduardo, el cadáver no pudo ser identificado.

ANTONIO ISAAC

Agente exclusivo de BUEN HUMOR en México, don Nicolás Rueda

:-: :-: :-: :-: Calle 2.^a Victoria, núm. 33, Librería :-: :-: :-: :-:



—Tu respuesta, Paquita, puede ser para mí o la felicidad o un rudo golpe...

Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

NUESTROS POETITAS

¿CAMBEAN LOS TIEMPOS?

Hace doce lustros, siendo yo un rapaz,
las Carnestolendas me hacían feliz.

¡Qué contento andaba con un antifaz
que se desteñía sobre mi nariz!

Luego, de mocete, lleno de ilusión,
me ponía trajes en un santiamén,
bien de *Pompadura*, bien de Napoleón,
bien de destrozona, bien de niña *bien*,
y allá en Recoletos, a Isabel y a Paz
daba unas bromitas que bien sabe Dios
que, aunque demostraban que no soy locuaz,
me dejaban ronco para un mes o dos.

Hasta destinaba parte de mi haber
para una carroza supercolosal
titulada "Ranas al anochecer",
en la que iban chicas que no estaban mal.

Bailes elegantes, bailes "de candil",
bailes de mil clases luego frecuenté
y en ellos más de una máscara gentil
en bromas o en veras dióme "pa café".

Hace algunos años, tuve *porque sí*,
que ir con mi familia a un baile del Real...
¿Que os diga en secreto si me divertí?

¡No quiero acordarme de aquel Carnaval!

Pero si de chico mucho disfruté
con los de la *Tuna* y el del capuchón,
y si, entrado en años, en los bailes fué
donde cacé *tunas* de las de mantón,

¡no es hoy esta fiesta la que yo alcancé!
Tal vez será efecto de mi mucha edad;
mas, por ser de *Momo*, me parece que
se ha *momificado*; digo la verdad.

¿Es que está la fiesta cada vez peor?
Yo peor la encuentro... Pero no sé aún
si es que ya no tengo suficiente humor
o es que voy teniendo sentido común...

No obstante lo dicho, puede suceder
que, cuando se ofrezca la oportunidad,
goce, aunque soy viejo, tanto como ayer...
(si es con garantías de comodidad)

de la misma forma que cualquier simplón
goza viendo al oso y al del al-higui,
y en el baile luego pesca tal *tablón*,
que está dos semanas sin volver en sí.

JUAN PEREZ ZUNIGA

ARLEQUIN, PIERROT Y COLOMBINA

(Feroz desahogo de un rato de inquina)

(A ver quien lo empieza y no lo termina...)

Colombina, Pierrot y Arlequín
despreciando por fin el jardín,
se citaron en una mansión
de catorce pisos con termosifón.

* * *

Colombina, traviesa y banal,
exclamó—¡¡Ya está aquí el Carnaval...
Ya el dios Momo se hincó a nuestros pies,
ya se ha puesto antifaz la ciudad
y de nuevo volvemos los tres
a ser base de la actualidad!!

—Lo sabíamos—dijo Pierrot.

—Lo sabíamos—dijo Arlequín.

Y uno y otro atacaron su *splín*.
haciendo unos pasos de *shimmy* y *fox-trot*.
Colombina añadió con aplomo:

—Ha llegado el momento supremo
de rendirle tributos a Momo;
como siempre, Pierrot se hace el memo;
Arlequín me enamora y me mimas;
yo me rindo ante tanta zalema;
Pierrot llora con llanto que quema,
y concluye nuestra pantomima.

¿No es así?

—Desde hace años, así es.

—¿Estamos dispuestos? Comencemos pues.
Colombina se echó en un diván
y Arlequín, convertido en Don Juan,

susurró en su oído palabras de amor
llamándola pájaro, llamándola flor.
Diez minutos después, la mujer,
con escalofríos en todo su ser,
le decía:

—Te adoro, Arlequín.

porque eres hermoso, lo mismo que un dios,
porque eres apuesto como un figurín.
¡Seamos, ¡oh, amado!, felices los dos!

A continuación

Pierrot—convertido en humano ciclón—
debía colarse en la tal mansión
de catorce pisos con termosifón.

Mas, juro por mí,
que la cosa entonces no sucedió así.

Porque Pierrot entró
y a los dos amantes allí sorprendió,
pero en el instante preciso de entrar,
sacó un cigarrillo, se puso a fumar
y la pantomima hubo de acabar
sin que el ultrajado se echase a llorar.

* * *

Lo nuevo y pimpante destruye lo viejo
y a una antigua cama la mata una cuna.
Pierrot cuando hoy mira de frente una luna
la luna que mira es la del espejo.

Por la infamia de construir estos "versos",
ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Información telegráfica de "Buen Humor"

Noticias de provincias y del extranjero

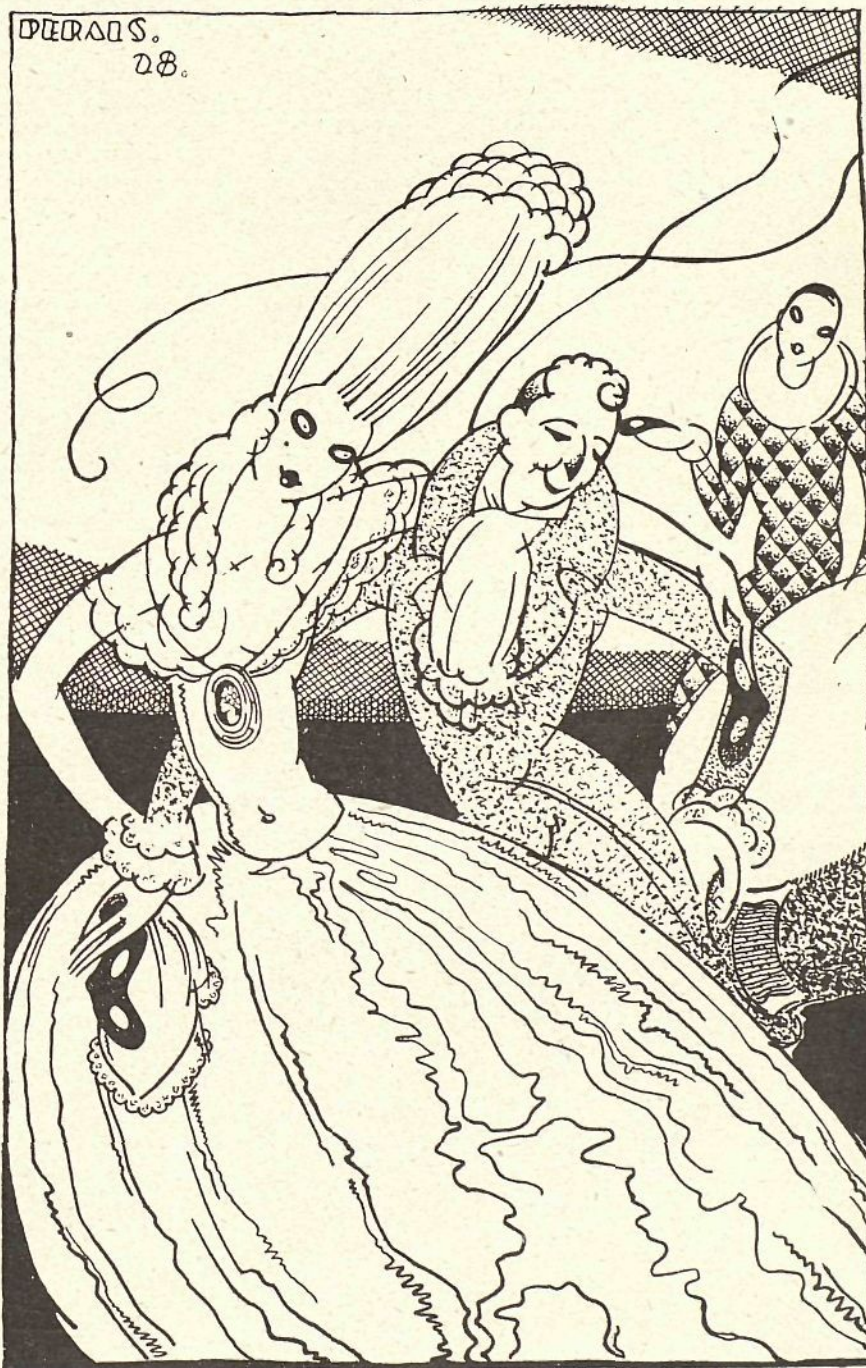
UNA COSTALADA INENARRABLE.—MÁLAGA, 19.—El sábado por la mañana, y en la concurrida calle de Válgame Dios, tuvo la mala pata de resbalar en dos cáscaras de melón el viandante Simón Gallego, que conducía en una cajas parte de un equipo de novia; y a consecuencia del resbalón se cayó con parte del equipo (aunque peor hubiese sido que se cayera con todo él) en el mismo centro de la calzada. La circunstancia de ocurrir el hecho en la calle de Válgame Dios hizo que, en efecto, Dios le valiera, y gracias a eso la caída no tuvo las funestas consecuencias que todo el mundo supuso al ver el golpe terrorífico que dió el Gallego contra las piedras.

Hay quien asegura que si el objeto que hizo resbalar a Simón no hubiese sido melón, la caída no habría sido tan aparatosa; pero hay quien dice que si no hubiera sido melón Simón hubiese visto las cáscaras a tiempo para evitarse el trastazo. De todos modos, el caso es que Simón Gallego tuvo que ser conducido a la Casa de Socorro, donde se le apreció la fractura de dos costillas. Afortunadamente, las costillas eran falsas y el médico pudo consolarle diciéndole que hubiese sido más triste y doloroso que se le hubieran roto dos de las buenas. El paciente estuvo conforme con tan sabia afirmación, y, según nos dicen, hoy se encuentra fuera de peligro, aunque dentro de la cama por unos cuantos días.

El suceso está siendo la comidilla de toda Málaga, si bien nosotros opinamos que dos costillas rotas son una comidilla muy escasa para una población tan importante.

UN FENOMENO DE LO POCO QUE SE VE.—PARIS, 19.—En todas las academias y sociedades científicas de esta culta y bien pavimentada capital, se ha recibido estos días una noticia curiosísima que está siendo objeto de cuidadoso estudio por bastantes naturalistas que no tienen nada que hacer, por no ser ahora época de moscas.

La noticia viene de Madagascar y dice que la semana pasada aparecieron en unos campos, cercanos a otros campos de los muchos campos que hay por aquellos andurriales, una infinidad de hongos



Dib. PERALS.—Madrid.

—¡Qué gana de presumir de jóvenes! ¡El marqués viene disfrazado de bebé y su madre viene de mantillas!

Ayuntamiento de Madrid

venenosos; y cuando se pensaba en arrancarlos de cuajo y de allí, en previsión de seguras intoxicaciones, vióse con extrañeza que habían desaparecido.

Ahora bien, esto coincidió con la llegada de unos sabios que pretendían descubrir aquellos campos, y parece ser que ya se tiene una explicación satisfactoria del hecho. Se supone que los campos, antes de que les descubrieran, prefirieron descubrirse ellos, y por esa misma razón desaparecieron los hongos.

Y es que se los quitaron los campos en el momento de descubrirse.

Por supuesto, no hay que decir que lo mismo habrán hecho ustedes... y yo... y todos los que estamos educados como es debido. No debe, por tanto, sorprendernos el fenómeno. ¡Ya era hora de que la educación en los campos fuese tan exquisita como en las ciudades!

UN LANCE DE HONOR RELATIVAMENTE RARO.—COPENHAGUE, 19.—En un acreditado manicomio de las afueras de esta ciudad, y burlando la vigilancia de los celadores, concertaron ayer un duelo dos dementes, los cuales habían tenido una escandalosa discusión por rivalidades del oficio. Otros cuatro taratas les sirvieron de testigos, y en unión de dos floretes, hurtados de una panoplia del despacho del director, fuéronse los seis mochaes a un ámbito obscuro del jardín y, una vez allí, los rivales se acometieron con denuedo y con las armas susodichas. Al primer asalto, uno de los chiflados le hizo una ligera avería en la oreja al otro combatiente, y con voz tonante y unas mijas triunfal, le dijo:

—¡Caballero! ¡Está usted *tocado*!

Y entonces el herido contestó con sátnico orgullo:

—¿Cómo *tocado*? ¡¡Estoy más loco que una cabra, señor mío!!

Y no ha habido manera de ponerlos de acuerdo.

ROBO ORIGINAL Y EN PROSA. BARCELONA, 19.—En una acreditada librería de la calle de Recoletos penetraron anteanoche unos desvergonzados *ca-cos* y sustrajeron varios tomos de Hoyos y Vinent, Eugenio d'Ors, *Azorin*, Sánchez Toca y Ricardo León.

Por más vueltas que le hemos dado a este asunto, no nos hemos podido explicar acción tan insensata.

Hay que descartar la suposición, verdaderamente ingenua, cándida y primaveral de que los ladrones sueñen con colocar esos libros ni aun añadiendo a

cada tomo dos pesetas de su bolsillo particular para que tome café el destinatario; y hay también que negar el absurdo de que, salvo un caso de suicida desesperación, los hayan robado para leerlos.

Sólo una cosa, solamente una, explicaría hasta cierto punto el innegable robo: ¡que se hayan llevado los libros citados para venderlos al peso!

¡Entonces, sí!... Si los venden *por lo que pesan*, el negocio nos empieza a parecer, no ya claro, sino colosal.

Y seguramente es eso. ¡Qué imbéciles somos, que no habíamos caído!

UNA BALLENA ATROZ.—NUEVA YORK, 19.—Noticias recibidas del Canadá, y recogidas por los periódicos norteamericanos, dicen que recientemente ha sido hallada por unos pescadores de la península de Alaska una ballena que medía cincuenta metros de longitud.



Dib. JEAN.—Bilbao.

—Ese tipo tiene cara de idiota
—Y lo es. Figúrese que lleva veinte años en la caja y todavía no se ha fugado con los fondos.

Aterra pensar en el tamaño del corsé de donde se ha desprendido.

ESPANTOSAS EPIDEMIAS EN RUSIA.—Moscú, 19.—Por si no teníamos bastante con el terrible azote del hambre y con el aún más horroroso azote que tienen que sufrir ciertas criadas guapas, una nueva calamidad, en forma de epidemia, está invadiendo las regiones más prósperas y altisonantes de Rusia.

En Ucrania, hace cosa de cincuenta y tres horas, se ha presentado una terrible enfermedad, de carácter desconocido, entre el ganado caballar. Los pobres animalitos se contagian la dolencia con rapidez aterradora, lo que se dice al galope. Y no mueren al galope, porque al galope es difícil que muera ningún caballo, pues cuando va a morir se echa, como es natural. La forma del contagio todavía no se ha determinado, pero se cree que la enfermedad se la pengan con la cola. Inútil es decir que poner unas pesetas en un caballo es exponerse a perderlas en seguida. En Ucrania, por tanto, ya no podrá haber ferias de ganado, porque, en vez de ganado, serían de perdido.

Pero esto no es nada, comparado con lo que sigue. En la Rusia central se ha presentado también una epidemia, pero ésta es peor, porque en vez de morir caballos mueren jinetes. La epidemia ha hecho encarecer los ataúdes y las velas; y el ruso, que habitualmente está ya a dos velas, al convertirse en cadáver está a ninguna.

Al mismo tiempo que la epidemia se ha desarrollado una enorme huelga de sepultureros. Los fallecidos tienen, por consiguiente, que molestarse en enterrarse ellos mismos; pero algunos no quieren, y esto ha dado lugar a que intervenga la Policía y dé varias cargas para obligarles.

Ha habido, por desgracia, bastantes muertos que han resultado heridos.

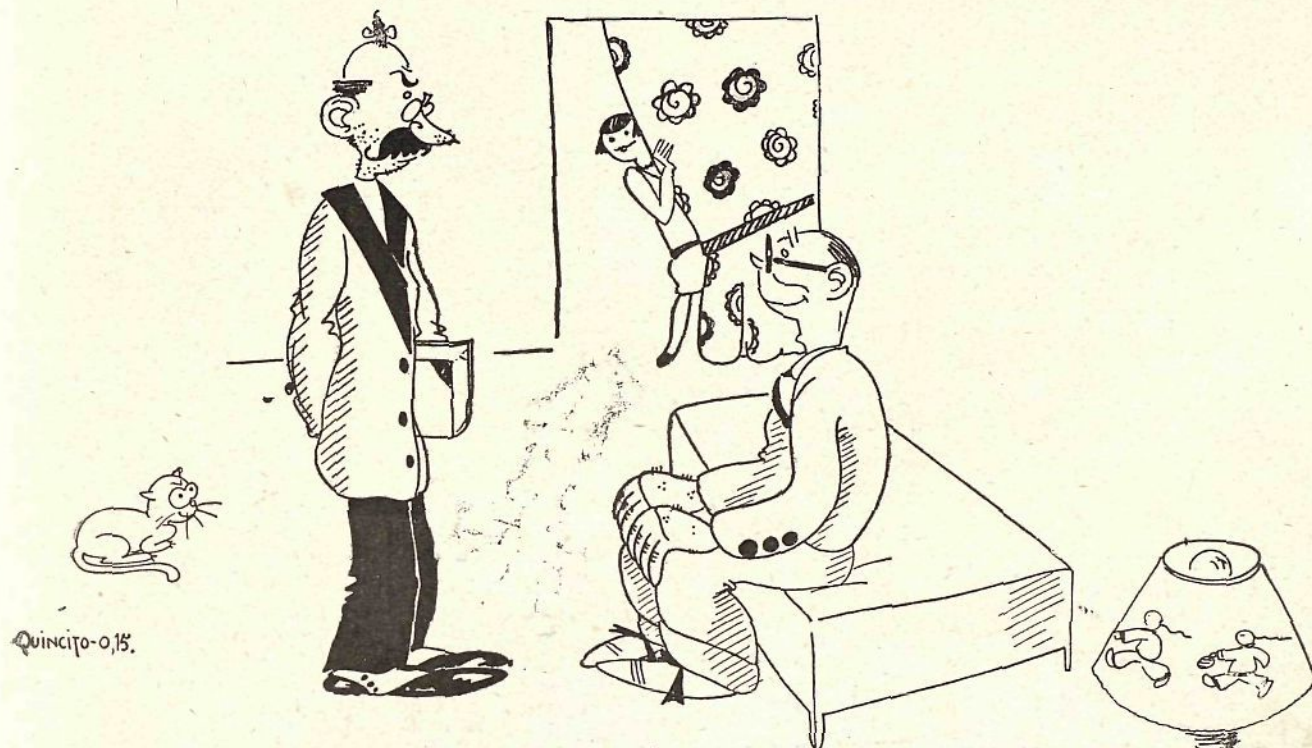
Y para mayor dolor, está nevando hace quince días; y, según el Observatorio de Moscú, es fácil que siga nevando otros veinte, si el tiempo no lo impide.

¡Y Lenin, tan fresco (en su mausoleo), sin pensar que él tiene la culpa de todo esto!...

Seguiré telegrafando, si la epidemia no me corta el hilo.

Por la inserción de los telegramas,

ERNESTO POLO



Dib. QUINCITO.—Borneo.

—Y usted ¿con qué cuenta para mantener a mi hija?
 —Tengo una fábrica de maderas.
 —¿Al por mayor?
 —Más bien al por menor. Es una fábrica de palillos de dientes.

FABULAS INMORALES

IX

EL GALLO Y EL MONO

Un Gallo vanidoso
 tomó de matador la alternativa;
 a la Plaza salió jacarandoso
 y obtuvo una ovación definitiva.
 Con arte y buen deseo
 llegó a formar escuela de torero;
 ganó miles y miles de pesetas
 y en sus frecuentes viajes
 se veía rodeado de maletas
 lo mismo que la sala de equipajes.
 Pero, ¡ay!, que el Gallo aquel, como andaluz,
 era superticioso, tan tremendo
 que en cuanto le soltaban un berrendo
 con alguna manchita en la testuz
 perdía los estribos de manera
 que no encontraba ni el de la barrera.
 De torero cambiósese en bailarina
 ¡y aquello no era Gallo, era gallina!

Un día de desgracia, compungido,
 a un Mono (*sabio*) que encontró en el ruedo
 le dijo el matador muerto de miedo:
 —¡Por tu madre lo pido!
 ¡Dale pronto a este buey dos puñaladas,
 sin que nadie se entere, en las ijadas
 y mátemelo ya que yo no puedo!—
 Y el Mono aquel le contestó insolente:
 —¿Con que ganas hoy sólo dos mil duros
 y quieres que te saque yo de apuros
 que gano seis pesetas solamente?
 ¡Aguanta el compromiso,
 espera un poco, y al tercer aviso
 verás cómo te ayuda el Presidente!—

*No pidáis nunca ayuda
 a los que os digan la verdad desnuda
 porque os la negarán con regocijo.
 ¡Esto lo dijo Esopo entre sus cuentos;
 pero si no lo dijo,
 os lo digo yo ahora... y tan contentos!*

X

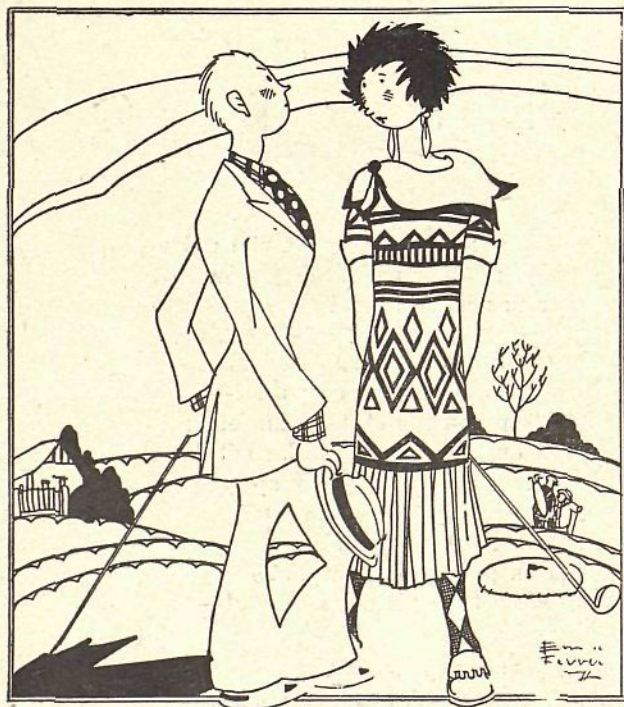
EL PAVO REAL Y LAS PALOMAS

En el Parque admirable de Sevilla
vi un día un pavo real, muy orgulloso
de su plumaje espléndido y vistoso
que era una maravilla.
¡Qué reflejos de azul, de oro y de rosa
cuando a la luz del sol, abriendo el pico,
levantaba la cola majestuosa
en forma de abainco!
La Prensa que a diario,
no sólo allí, sino en España entera,
manejaba en su honor el incensario,
lo hacía de manera
que jamás le faltó una gacetilla
al pavo real famoso de Sevilla.
Las palomas, que allí vuelan a cientos,
llegaban a sus pies arrulladoras

en busca de alimentos
que nunca les faltaba en tales horas,
y el pavo real, desde su excelso trono,
decía sin cesar dándose tono:
—¡Qué hermoso soy! ¡Qué brillantez la mía!
¡Por mí se despepitan las palomas
y vienen a rendirme pleitesía
en mi lindo jardín lleno de aromas!—
Y el vanidoso aquel no comprendía
que aquellas palomitas, en su vuelo,
no acudían allí a humo de pajas
¡sino por las migajas
que los chicos tiraban en el suelo!

*¡Ilusos, que os creéis muy superiores,
aprended de esta fábula sencilla,
y no os fiéis jamás de aduladores
como el famoso pavo de Sevilla!*

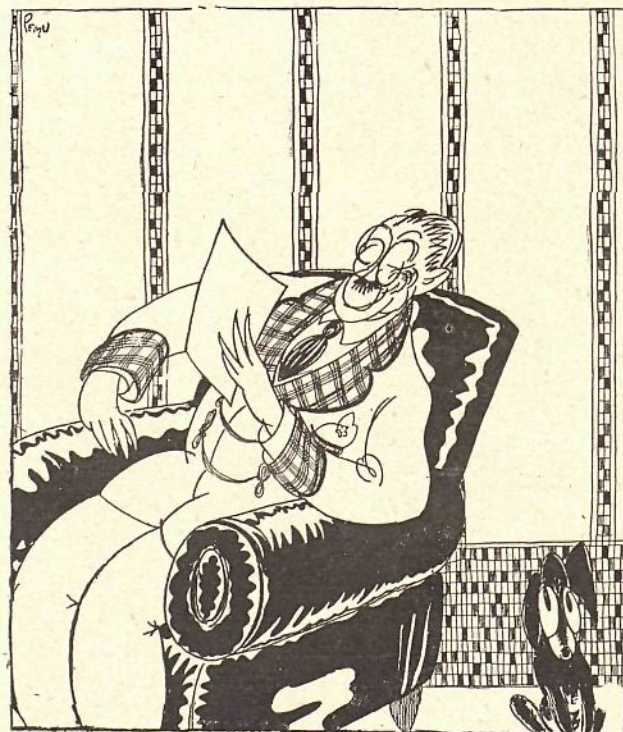
FIACRO YRAYZOZ



Dib. FERRER.—Madrid.

—Chico, qué fastidio. Hoy no doy una. Cualquiera diría que no he jugado nunca...

—¡Ah! ¡Pero habías jugado otras veces?



Dib. PÉREZ MUÑOZ.—Málaga.

—¡Qué guapa está mi mujer en este retrato! ¡Lástima que no sea el retrato de mi mujer!



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Preséntame a tu mamá, Lolita.

—No seas bestia, Pochín. Si es mi papá que va al baile de la Zarzuela.

La máscara desconocida

—Disfrázate, Pepe—me aconsejó aquel año la vocecita que me anima siempre a realizar grandes empresas—. Disfrázate y salta, corre, grita y ríe cuanto gustes.

Atendiendo el consejo de la vocecita íntima, alquilé un traje que me transformó en un astrónomo de solemne aspecto.

—¡Qué bien, Pepe! ¡No te conocerá nadie!—comentó alegremente la vocecita, en tanto que mis piernas se entorpecían con el disfraz, mi rostro se congestionaba tras de la careta y mi cabeza amenazaba desprenderse de los hombros por el peso del cucurucho negro tachonado de estrellas.

Decía bien la vocecita. Nadie absolutamente nadie, me conoció durante el paseo que di por el parque público en

donde tenía lugar la batalla de flores; pero también es cierto que tampoco lograré, no obstante mi deseo y los esfuerzos que para conseguirlo hice, encontrar un rostro conocido.

—Ten calma—aconsejábame la vocecita—. Sigue paseando y hallarás algún amigo a quien hacer víctima de tus bromas. Al primero que encuentres, ya sabes, le gritas: “¡No me conoces, Fulano!”, y le das un golpe en la espalda.

—¿Fuerte?—interrogué yo medrosamente.

Y la vocecita dijo segura:

—¡Claro que fuerte!

Un señor de barba blanca se aproximó a mí.

—¿Es usted D. Adeladio García?—me preguntó.

—¡Yo soy una máscara!—repuise con orgullo.

—Usted perdone, pero es que D. Adeladio se ha disfrazado también de astró-

nomo, ¿sabe? Y le estoy buscando para darle un recado.

Me saludó cortésmente.

—Buenas tardes, caballero.

Y se alejó. Yo sentí aquella separación como si el señor de la barba blanca fuese un antiguo y querido amigo al que no volvería a ver más. El había sido, en mi caminar incierto y tedioso, como un árbol de grata sombra.

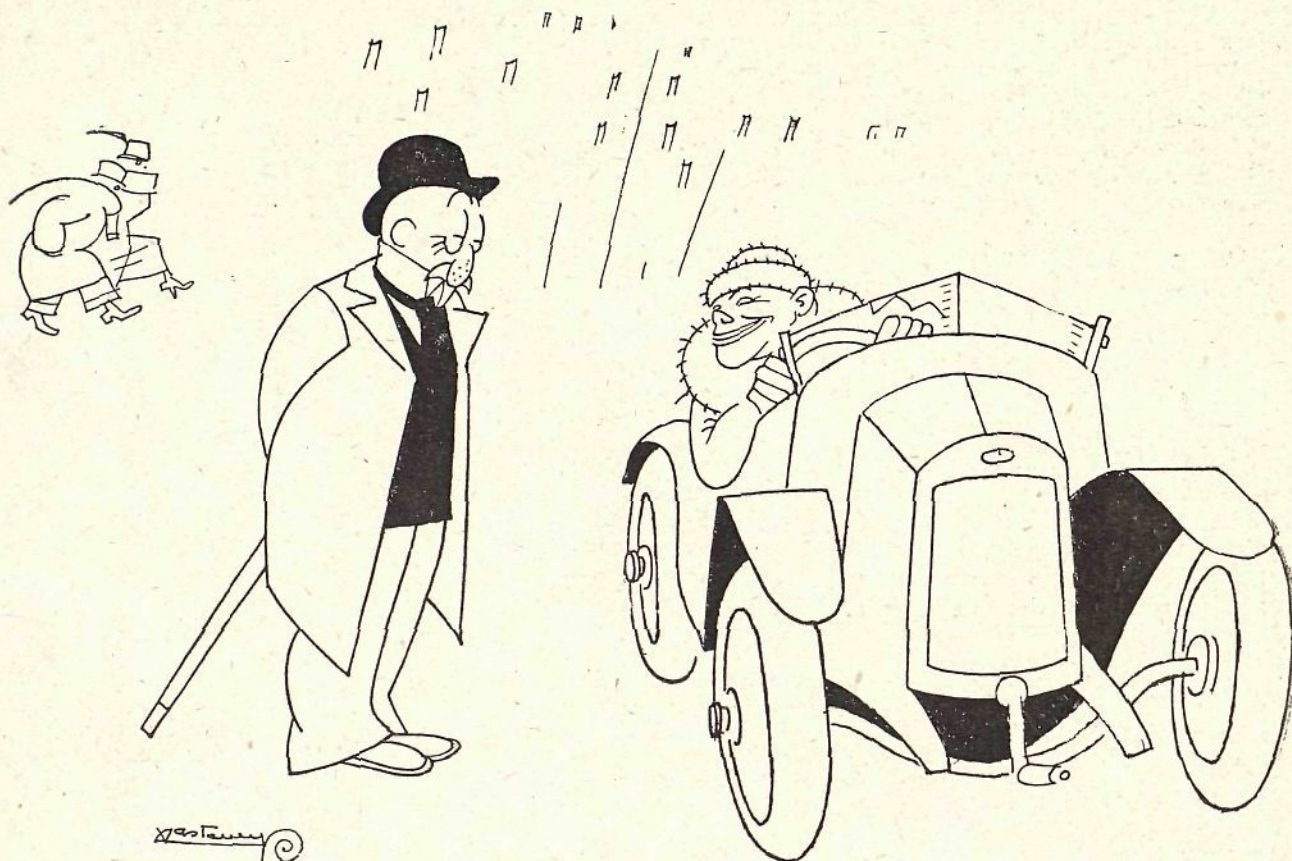
—Si se me acerca otro señor—me prometí a mí mismo—, no le dejaré marchar. Le diré que yo soy el amigo a quien busca y charlaremos hasta que se descubra el engaño.

Pero no se acercó nadie más. Y yo continué andando, fijos los ojos ansiosa-

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7

FRICOT MASAJE higiénico, completo del afeitado. Exigid la marca en las buenas peluquerías.

F. Betrián, Hospital, 113.—Barcelona.



Dib. CASTAMYS.—Madrid.

—Aquí donde usted lo ve acaba de hacer los ochenta.
—¡Caramba!... Pues no parece tan viejo.

mente en la muchedumbre que llenaba el paseo y advirtiéndome cómo huía la esperanza de un posible encuentro a medida que aumentaba mi cansancio.

—Ten calma, Pepe, ten calma—repetía la voccecita interior—. Alguno de tus amigos estará en la batalla de flores. Y tú le encontrarás. Fíjate bien en todos los rostros.

—No hay ninguno conocido—suspiré.

—Pues sigue andando, hijo. Comprenderás que no puedes volver así a tu casa. Tu familia y tus amigos se reirían de la aventura.

Calló la voccecita al decir esto.

Y yo, comprendiendo la razón que encerraban sus palabras, continué el camino. El antifaz se había adherido a mi rostro sudoroso y me producía una angustia grande; mi garganta estaba seca y polvorienta; mi cabeza sufría intensamente bajo el peso del cucurucho enorme, y mis pies, mis pobres pies, pisoteados por la muchedumbre, estaban a pun-

to de abandonarme al pasar a mejor vida con un gesto autónomo.

En esto la voccecita íntima sonó de nuevo.

—¿Por qué no buscas a tu amigo Eduardo?—dijo—. Seguramente no ha salido de casa, porque a él le molestan estas fiestas. Ve a buscarle y cumple con tu obligación de máscara.

Obedecí.

—¿El señorito Eduardo?—pregunté a la criada de mi amigo.

—No está. Si quiere usted dejar algún recado para cuando vuelva...

—No; muchas gracias.

Lentamente, apoyándome en las paredes, en los faroles y en los árboles, conseguí llegar a la tienda donde horas antes había alquilado el traje. Me despojé de él, y ya más libre, volví a mi casa.

—¿No te has encontrado a Eduardo?—me preguntó mi hermana.

La miré amenazador y repuse:

—¡No!

—Pues andaba buscándote. Ha estado

aquí cinco veces. ¡Que gracia! ¡Si le hubieras visto!... Venía disfrazado de bandido calabrés, y estaba rendido y aburridísimo. Le hemos tenido que dar una copa de jerez para que se reanimase...

En mi cerebro se plasmó el recuerdo de una máscara vista durante mis paseos por la batalla de flores. ¡Y aquella máscara vestía el traje típico del bandido calabrés, y al igual que yo, mostraba el triste espectáculo de un cansancio de muerte! ¡Oh, sí! Era aquella máscara a la que oí murmurar varias veces: "¡No puedo más! ¡Voy a morir de un momento a otro!..."

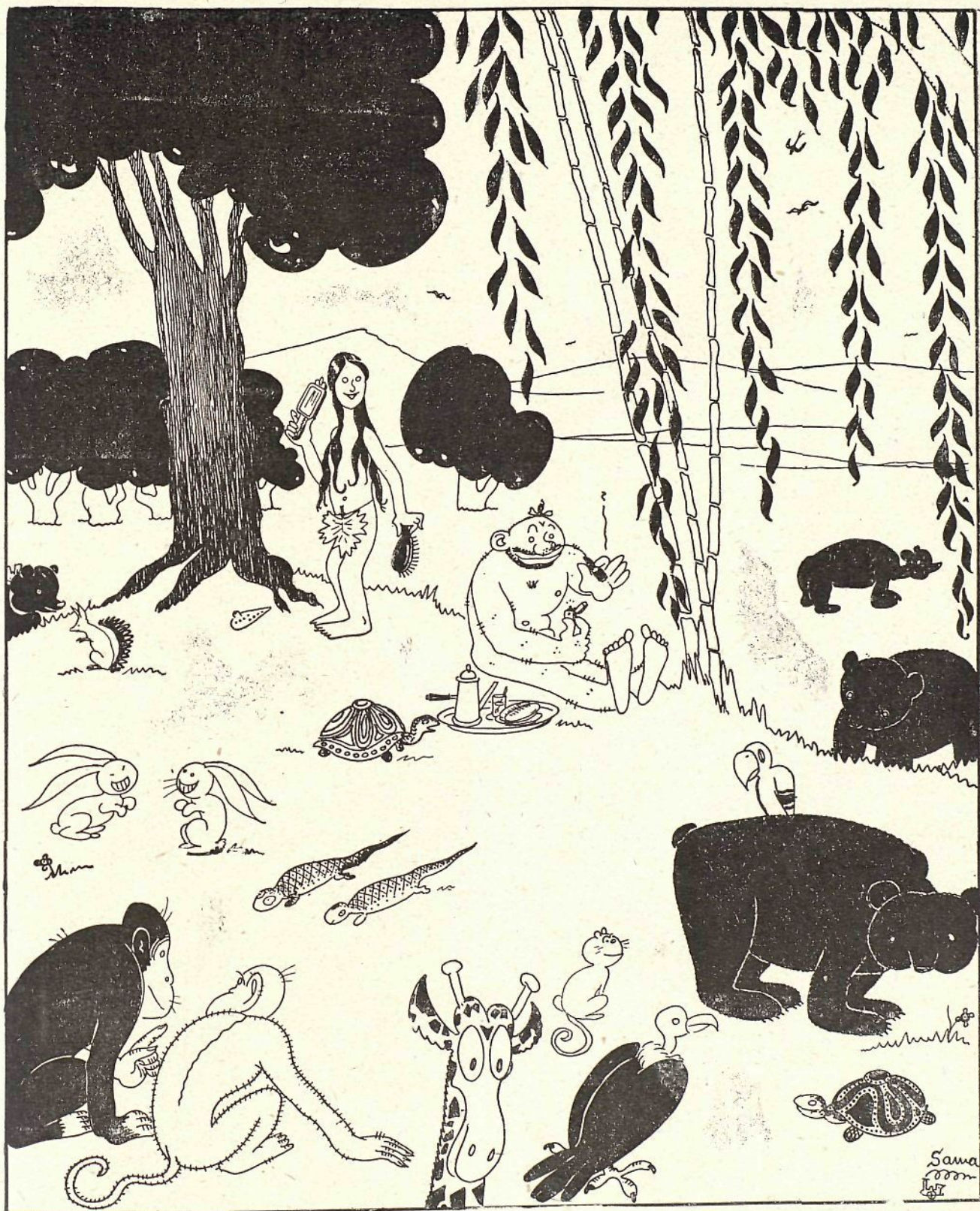
... ..

Jamás confíe a Eduardo mi odisea.

El, por su parte, tampoco me hizo nunca relato de la suya.

Y este mutuo engaño, primero de nuestra buena amistad, nos hace menos desgraciados.

José SANTUGINI



EN EL PARAISO TERRENAL

Dib. SAMA.--Madrid.

El mono negro.—Ten cuidado con Eva, que es una mujer muy falsa.
 El mono blanco.—No es que sea falsa; lo que ocurre es que tiene hoja.

Dos bromas de Carnaval

La discusión, votación, decisión, proposición y deliberación acerca del disfraz con que deberíamos hacer el bestia por las calles de la Villa y Corte, duró aquel año dieciseis horas, quince minutos y treinta y dos segundos más que de costumbre.

Mientras Susano Relópez optaba por la formación de una comparsa de buzos flautistas, Higinio Picatostoso era partidario de que nos disfrazásemos de bomberos. Discutimos, vociferamos, nos insultamos y nos pegamos durante bastante tiempo, sin poder llegar a un acuerdo. El traje de buzo no acababa de convencernos, debido tanto a su elevado precio, como al temor de que nos lo estropease la lluvia, caso de que hiciera mal tiempo. Y el de bombero tampoco tenía muchos adeptos, ya que a casi todos nosotros — pollos “bien” en su mayor parte — nos parecía poco distinguido.

Hasta que Eulogio Pirracoso — presidente honorario de la comparsa que acostumbábamos formar todos los años — tuvo una idea tan excelente que nos solucionó el conflicto:

—Nos disfrazaremos de bomberos

—nos dijo—. Pero... ¡de bomberos de cuota!

Y así lo hicimos en efecto.

* * *

Apenas despuntó el Domingo de Carnaval cuando nos lanzamos a la calle con nuestros uniformes de bomberos de cuota. Ibamos vestidos admirablemente y llenos de optimismo. Para dar una sensación mucho más perfecta, marchábamos en un auto que, pintado cuidadosamente de rojo y provisto de una campanita que agitaba incansablemente uno de nosotros, nos daba el aspecto de unos auténticos bomberos.

Apenas salir pude darme cuenta de la admiración que causaban nuestros disfraces en el público. Una admiración tan enorme que los conductores de tranvías, coches, autos y demás vehículos, frenaban en seco al divisarnos. En fin, un éxito como no hay precedentes.

Recorrimos así todas las calles de Madrid y aun nos aventuramos a dar una vueltecita por Guadalajara. Siempre muy serios encima de nuestro auto, nos divertíamos extraordinariamente toca que te toca la cam-

panilla. Y cuando distinguíamos alguna chica guapa sacábamos una de las mangas de riego que, para dar más carácter a la cosa, venían con nosotros, y merced a un ingenioso sistema, le echábamos con ella un chorro de agua de Colonia.

Estuvimos danzando todo el día. Hasta que, cuando ya iba a anochecer, la señal de un caballero muy excitado, nos hizo detenernos.

Y avanzando hacia nosotros, nos dijo:

—¡Cuánto me alegro de encontrarles!... ¡Precisamente acaba de declararse en mi casa un incendio horroso!... Yo les agradecería en el alma...

Nos miramos unos a otros sonriéndonos con la mirada. ¡Aquel hombre nos había tomado por bomberos auténticos!

Y decidimos continuar la broma.

Rápidamente le obligamos a que se viniese con nosotros, para indicarnos el lugar del siniestro, y salimos a toda mecha.

—Aquí es—nos dijo señalándonos un portal húmedo y oscuro por el que nos lanzamos presurosos.

En vano llamamos en todas las puertas, y recorrimos paso a paso la casa; en vano inspeccionamos las guardillas, nos subimos a los tejados y estuvimos mirando por debajo de las tejas. No encontramos ni rastros del incendio. ¿Qué quería decir aquello? Rápidamente descendimos hacia el portal para interrogar a nuestro comunicante.

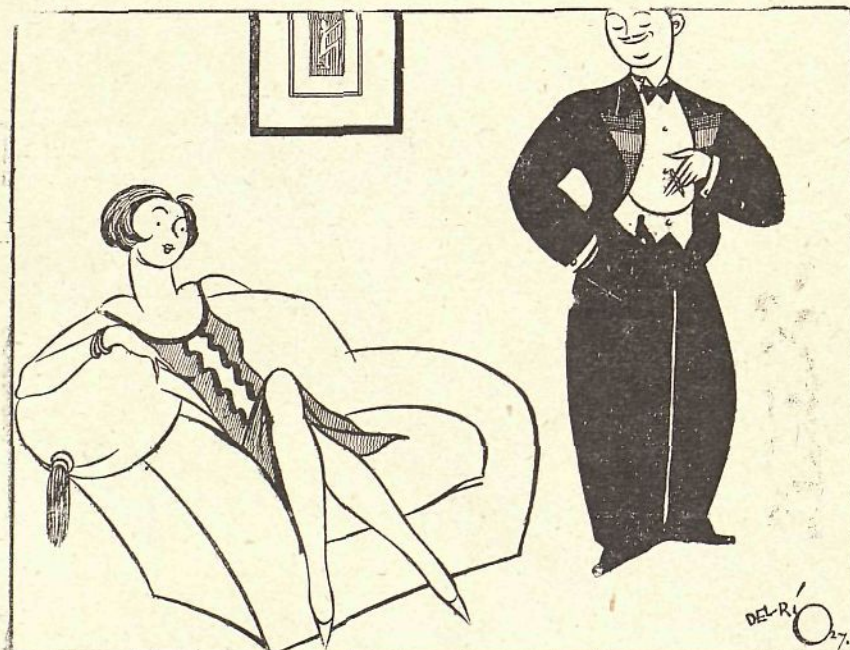
Pero al llegar abajo no le encontramos ni, lo que es peor, encontramos tampoco nuestro magnífico automóvil. Encontramos solamente una carta que decía así, poco más o menos:

Muy señores míos: Como hoy es día de Carnaval me he permitido el atrevimiento de disfrazarme de persona decente. Voy a darme un paseo con el automóvil y cuando me canse ya lo dejaré abandonado en cualquier parte. Claro es que antes me llevaré conmigo, como recuerdo de este día, la magneto, los faros, los neumáticos, el carburador y el limpiabarros; pero les promete dejar el volante.”

Y firmaba:

“Segundino Camarasa. Ladrón de automóviles. Trabajo a domicilio.”

MANUEL LAZARO



Dib. DEL RIO.

—¿Y vas al baile de “Los picadores de toros”?

—No; voy al baile de los peones.

de Fabio, el raptor de ella, de su madre, la loca, y de su
 tema hitita...
 ! Dios mío! A veces la realidad es tan tremebunda que
 supera a todo cuanto pueda imaginarse en París o en el
 cabo Machichaco.

Al llegar, Olivia se había dirigido a la posada "El
 ganso sin plumas", y había pedido una habitación estu-
 cada. Se la sirvieron junto con una ración de salchichón
 de aves y recado de escribir.

Y Olivia Fernatti había escrito al vizconde la si-
 guiente carta:

"Fabio: Estoy enterada de vuestros infames manejos,
 y vengo dispuesta a impedirlos. Los impediré, sí. No en
 balde llego para eso de Madagascar, donde he dejado a
 mi pobre padre dedicado al cultivo de la caña de azúcar.
 Mas si creéis que lo hago por amor a vos, os coláis. Aquel
 amor murió hace tiempo en mi corazón y ya no me
 queda más que odio. Pero vuestras infamias no pasarán
 adelante. Si queréis pactar conmigo, estoy en la posada
 de "El ganso sin plumas".

OLIVIA.

No olvidéis que tengo en mi poder los papeles com-
 prometedores."

Al recibir tal misiva, el vizconde juró en francés. Lue-
 go juró en italiano. Y entonces apareció Francciullo.

—¿Decíais?—murmuró desde la mirilla de la puerta.

—Pasa—exclamó Fabio arrancándose un botón cor-
 ira—. Pasa y lee esta carta.

Francciullo la devoró y no le hizo daño.

—¡Olivia aquí!—balbuceó.

Y añadió, desgarrando su corpiño:
 —¡Y hiere aquí si te atreves, desalmado! Nada me
 asusta estando en París.
 Francciullo dudó.
 Era cobarde, como todos los hombres que se criaron
 jugando en una playa, y aunque la muerte de Olivia
 constituía, quiza, su salvación, retrocedió hasta la ven-
 tana.
 Olivia increpóle nuevamente con las palabras más
 mortíferas del diccionario italiano.
 Francciullo volvió a retroceder. Y tanto retrocedió
 que, tropezando bruscamente con el alféizar de la ven-
 tana, cayó por ésta a la calle.
 De los labios de Olivia se escapó un alarido de terror.
 Francciullo quedó muerto en el acto.
 Miles de transeúntes se agruparon al pie de las ven-
 tanas de "El ganso sin plumas".
 ¿Quién podía suponer que aquella muerte era un sim-
 ple accidente fortuito?
 Pronto unos gendarmes y numeroso público irrumpió
 en la habitación de Alicia.
 Y uno de los gendarmes, dirigiéndose a la italiana, ex-
 clamó:
 —En nombre de la ley, daos presa.
 Olivia Fernatti cayó desmayada.

—Tú comprendes que esto es peligroso como un bra-
 sero encendido, Francciullo. Es necesario arrancarle a
 esa mujer los papeles comprometedores y luego hacerla
 desaparecer.

—Así se hará. Confíad en mí y en el venenoso choco-
 late de Matías López, vizconde. Tengo armas contra
 Olivia, y la odio, porque la amo.

—Es lógico. Pues vete. Está, como ves, en "El ganso
 sin plumas".

Y Francciullo partió.

Solo un hombre misterioso habíale contemplado: Franceiullo. El cual puso el hecho en conocimiento del olvidado vizconde. Pero el vizconde no hizo otra cosa que reír con carcajadas tan estentóreas que varias chimeneas se destruyeron. —¡Eso quiero!—rugió.—¡Que sufras! Y ya que la rubia Alicia no me ama, que él crea que ha muerto y que se halla próxima a la putrefacción. Porque el vizconde tenía corazón y amaba... ¡Quién lo hubiera dicho! Y, sin embargo, es verdad. Nadie habría creído que fuese verdad aquello. Y, sin embargo, lo era. Se hubiese dudado que lo fuese. Y, sin embargo, ya se ve.

Una mujer había entrado en París aquel mismo día dispuesta a intervenir enérgicamente en todos los hechos relatados. Era una mujer morena, de blanco cutis y de labios finos, según ya sabemos. Era una mujer que, al venir en la diligencia, se ocupaba en leer un libro de oraciones: Olivia Ferneti, la italiana de Venecia.

CAPITULO VI

—DONDE SE VE QUE LAS INFAMIAS DEL VIZCONDE TENÍAN SU RAZÓN DE SER.

Junto al cadáver que él creía ser de Alicia, el desconocido poeta Renato Machim de Mauregat continuaba llorando cinco días más tarde.

Nadie podía separarse de allí ni nadie era osado de entrar en el gabinete, porque el poeta, convertido por el dolor en la verdadera hiena inhumana, disparaba sus pistoletos sobre todo aquel que ponía su planta en la habitación.

No había tolerado que se pusieran otras plantas que cuatro hortensias, que balanceaban sus macizos de flores, a impulsos de los resoplidos que exhalaba el atribulado y lírico joven.

—¡Alicia! ¡Alicia!—aullaba noche y día.

Y el eco de aquel nombre reverenciado se extendía por la casa, por la rue de la Chaussée d'Antin, por todo París, por toda la Francia, incluidas Alsacia y Lorena.

—¡Lacayo!—le escupió ella. temente grande para traicionar a Fabio de Contemey. —Olivia, te adoro. Tú lo sabes, y mi amor es suficiente para como un arroyuelo: mujer hiciese desistir de sus propósitos. Se sentó y murmuró: Pero Franceiullo no era hombre a quien una orden llamara la diabolica joven. —Entonces vete. ¡Vete en el nombre de Dios!—exclamó. —Vengo a hacerte entrar en razón, Olivia—dijo el otro. —¿Indagó con asco la dama. —¿Vienes a amenazarme de nuevo, canallisco napolitano? con un grueso puñal en la mano. Y una hora después estaba frente a ella Franceiullo. —Que pase raudo—fue su respuesta. la visita de Franceiullo. ropas de viaje cuando un criado de la posada la anunció. Todavía no se había despojado Olivia Ferneti de sus

LA ESCENA TERRIBLE

CAPITULO VII

—¡Lámame lacayo; llámame cobrador de tranvía; me es igual. Vengo a ofrecerte la paz y la felicidad. Tengo un capitalito y acaso podríamos ser felices todavía retirándonos a ocultar nuestro amor a una casita de la costa azul o a una quinta de Burgos.

—¡Nunca! ¡Contigo, jamás!—fue la respuesta categórica.

—¿Es tu última palabra?

—La postrera.

—¿Sí?

—Sí.

—¿De veras?

—De veras.

—Pero...

—¡No!

—Y tú...

—¡Nunca!

Franceiullo se puso de pie, furibundo.

—¡Te juro que te pesará!—aulló más que dijo.

—No me importa. Aunque muriera, no pararé hasta que os desenmascare al vizconde y a ti.

—Pues bien; si deseas la guerra, tendrás la guerra. Y no pararé hasta hundirte a ti y hasta que no destroce las plantaciones de caña de azúcar de tu padre.

—¡Inténtalo si eres hombre!—clamó Olivia con violencia de huracán.

La máscara más espantosa

Yo creo que mis lectores sabrán perdonarme el selvático desafuero que voy a cometer, pero me veo obligado por la necesidad a hacer un cuento de Carnaval. Claro es que preferiría hacer una casa de doce pisos en la avenida de Pí y Margall; pero como para esto no tengo tiempo y para lo otro sí, haré lo otro y me quedará tan satisfecho como si hubiese hecho algo.

Un cuento de Carnaval, no crean ustedes que es fácil. La escasa novedad de la fiesta (¿la fiesta?) se refleja en la literatura (¿la literatura?), y nosotros, los escritores festivos (¿festivos?), más que hacer un cuento tolerable, solemos meter la pata (¿la pata o las cuatro?); pero como esto viene sucediendo todos los años, no creo que éste se lleven ustedes el desencanto y el disgusto que no se han llevado antes.

Vamos, pues, al cuento, y que sea lo que Dios quiera.

Con el fin de evitarles a ustedes sorpresas enojosas al final, voy a empezar la narración por donde otros escritores la concluyen. Y así, les hago a ustedes saber que yo me fui un martes de Carnaval al baile de Bellas Artes, que me puse en relación con una mascarita al parecer bella, que casi me enamoré, que la invité a cenar y que, cuando ya borrachín la empecé a hablar mal de mi familia y a decirle que estaba dispuesto a ponerla un piso en el barrio de las Peñuelas, donde los hay baratos, la mascarita se quitó el antifaz y, ante mi natural asombro, resultó que era mi distinguida e inmortal suegra.

Con esto, y con poner mi firma debajo, mi misión de hacer un cuento de Carnaval está terminada; pero como soy un hombre generoso, voy ahora a darle al cuento toda la importancia literaria y descriptiva que merece lo nuevo del asunto.

Y voy y digo:

Cuando yo vi a la bella máscara en el centro del salón, sentí la emoción de la succulenta aventura. Era alta y tenía el cuerpo tan gordo como el número 19.683, que tocó en Guadalajara en el tercer sorteo de marzo del año 1905. Me acerqué a ella, donjuanesco y almidonado, y la invité a bailar el charleston que estaba perpetrando la orquesta en aquel momento.

Bailamos, ingravidos y modernistas, al compás de carpintero de la inspirada pieza. La bella máscara (que ya saben us-

tedes que era mi suegra) sonreía. Yo la apretaba con fuerza entre mis nervudos brazos, aunque la hubiese apretado muchísimo más si hubiera sabido, como ustedes saben, que se trataba de mi infueta madre política. Pero no lo sabía, y continuó la juerga cada vez más optimista y voluptuosa.

De pronto, ella me dijo:

—¡Soterito, eres un tunante!

—¡Caray!—pensé yo—. ¡Sabe mi poético nombre! ¿Será Laurita, la vecina?...

¿Será Ramona, la excesivamente consolada viuda de López?... ¿Será Efigenia, la mecanógrafa de mi abogado don Clodereo....

Y me sumí en un mar Caspio de confusiones.

La máscara continuó la broma.

—¡¡No me conoces!! ¡¡No me conoces!!—me repitió con voz de rata mecánica.

—¡Eres Inés, la pensionista del 8 de mi calle!—dije yo con voz de rata de ho-



Dib. SANTILLANA.—Madrid.

—¿Ves aquella máscara blanca y aquella máscara negra? Pues tengo ya enamorada a la blanca.

—Yo, en cambio, tengo la negra.

tel, para que no se enterasen las otras máscaras que nos rodeaban.

—¡No soy Inés, Soterito de mi alma!— me rectificó la bella desconocida.

—¡Entonces eres Pascasia, la hija de la portera!

—¡¡No me conoces!! ¡¡No me conoces!!

Y se reía, cada vez más hermética y novelesca.

Al fin, creí notar en su acento una inflexión conocida.

—¡Es seguramente Espantaleona, la transeúnte de la calle de Peligros!

Pero no se lo dije, y a mi vez comencé yo un bromazo bullicioso.

—¡Sí te conozco!—dije—. ¡Eres de Cáceres y te gusta el coñac!

—¡No me conoces!

—¡No te pongas tonta, que te conozco de sobra!... ¡Tú tomas el té todas las tardes en la Granja del Henar!...

—¡No me conoces!

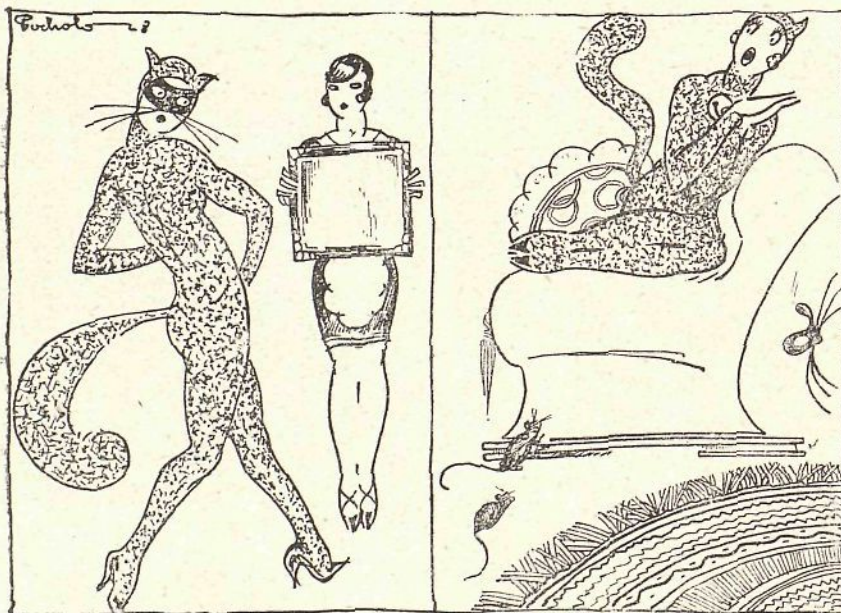
—¡¡Que sí te conozco!!

—¡¡Que no me conoces!!

Y entonces sobrevino el catastrófico momento. Mi suegra lanzó una carcajada sardónica y se quitó el antifaz.

Me quedé de piedra de sillería.

Pero una inspiración divina vino en mi auxilio y, gracias a ella, la escena continuó desarrollándose en los siguientes y divertidos términos:



LA SENORITA QUE SE DISFRAZO DE GATO

Embrón de historieta, por POCHOLO.

MI SUEGRA.—¿Me conoces?

Yo.—¡¡No la conozco a usted, señora!!

MI SUEGRA.—¿Que no me conoces?

Yo.—¡¡Que no la conozco a usted, repito!!

MI SUEGRA.—¿Cómo que no me conoces?

Yo.—¡¡Como que no la conozco a usted!!

MI SUEGRA.—¡¡Dice que no me conoce, el ladrón!!!

Yo.—¡¡Y repito que no la conozco!!!

¡¡Guardias!!!...

Vinieron los guardias.

Al verla tan fea, me dieron la razón y se la llevaron a la Comisaría.

—¡Si usted la conociera, merecía estar en presidio!—me dijo el guardia que tenía los bigotes más largos.

Varias máscaras aplaudieron...

Y al mes siguiente me divorciaba de mi esposa y comenzaba para mí la verdadera Era Cristiana.

Desde entonces soy feliz y no me hace daño el cocido.

Y, sobre todo, no me hace daño mi suegra, que es lo que se trataba de demostrar.

¿Qué les ha parecido a ustedes el cuento?

¡Lástima que no sea verdad!

SOTERO L. PEON

Chistes de todo el mundo

Ella.—Seguramente no habrás oído decir que una cajera se haya escapado con el dinero de su amo.

El.—No es frecuente, pero cuando se escapan se llevan también al amo.

(De Laughter.)

Plick.—Yo creo que los matrimonios más felices, son los que se celebran entre personas de desigual posición social.

Plock.—Sí, y por esa razón es por lo que yo insisto en casarme con una muchacha de mucho dinero.

(Del Journal Amusant, París)

El profesor de chauffeurs.—¿Cuál es el mayor peligro para los chauffeurs?

El alumno.—La policía.
(De Luster Kölner Zeitung, Colonia.)

El juez.—¿Cómo se las arregló usted para abrir la puerta de la casa que tiene una cerradura con triple cerrojo?

Acusado.—Perdería el tiempo si se lo dijera al Sr. Juez, pues nunca llegaría a aprenderlo porque se requiere muchos años de práctica.

(De Flegende Blätter, Munich.)

—Es una deliciosa sensación la que se siente cuando uno está en la cama y toca el timbre para que venga el criado.

—¿Pero tienes criado?

—No; pero tengo timbre.

(America's Humour.)

El vendedor.—“No puedo mandarle más sacos de carbón hasta que me pague los que me debe.

El parroquiano.—¡Por Dios! amigo mío; no haga usted eso. ¡No puedo esperar tanto tiempo!

BUEN HUMOR

se vende en Habana en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A.

Ayuntamiento de Madrid

La receta para condimentar el hígado

Historieta por Casero



—El hígado es una cosa muy rica. Lo que no recuerdo es cómo se condimenta.



—¿Me hace usted el favor de ponerme en ese papelito cómo se hace el hígado?



—Guarda tú la receta, Felipe, que nos vamos a chupar los "dátiles"



—¡Y menudo día para tomarse una ración de hígado al aire libre!



—¡Malos demonios te coman, granuja, que nos has dejado sin el hígado!



—¿Y qué más da, Felipe? No ves que el perro no sabe cómo se hace y que tengo yo la receta?

Max.—Yo gano mi vida ladrando como un perro.

El amigo.—Qué, ¿trabajas en un circo?

Max.—No; trabajo para el Gobierno. Ladro delante de las casas y si contesta un perro, anoto la dirección y si el perro no ha pagado su licencia, yo gano la comisión.

(De *Fliegende Blätter*, Munich.)

—¿Ha oído usted decir que el matrimonio Mayer se ha divorciado?

—Sí; ¿Y por qué?

—El deseaba vivir en el campo y ella quería estar en la ciudad.

—¿Y dónde están ahora?

—Ella ha vuelto al campo con su madre y él a la ciudad con sus padres. (De *Dorfbarbier*, Berlín.)

Salomón (asomándose a la ventana).—¿Quién llama?

Moisés.—¿Estás dormido?

Salomón.—No. ¿Qué deseas?

Moisés.—Préstame una peseta.

Salomón.—Déjame en paz; estoy dormido.

(De *Faun*, Viena.)

La madre.—¿Has puesto el termómetro en el baño del niño?

La niñera (negra del Sudán).—No hay necesidad. Niño rojo, baño demasiado caliente; niño azul, demasiado frío.

(De *Pèle Mêle*, París.)

—¿Cuánto tiempo tarda usted en aprender a guiar un automóvil?

—¡Oh! Tres o cuatro.

—¿Semanas?

—No; automóviles.

(De *Northern Daily Telegraph*.)

TRICOPILLO ESTRAGUES

Usandolo dejara de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12, BADALONA. — De no encontrarlo en su perfumería, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LAS CIRUELAS, por Max y Alex Fischer

I

—Buenos días, señor maestro.

—Muy buenos los tenga usted, señor cura. ¿Ocurre algo? ¿A qué se debe el honor de verle a usted por la escuela?

—Muy fácil; todos los días vengo siendo víctima de una ratería a la que quiero poner coto. Ha de saber usted, señor maestro, que el mes pasado el ciruelo que tengo en la rectoría, inclinábase ante el peso del fruto: más de quinientas ciruelas pendían de sus hojas; yo no he cogido ninguna sea debido a que me gustan muy maduras y hoy, al cortarlas, he visto que no quedaban más que cincuenta y tres.

—¿Y sospecha usted que el autor del hurto es un alumno mío?

—¡Oh, desde luego!... Varias veces he visto una sombra que ron-

—Desquide usted, entonces, que procuraré descubrir al que sea.

II

Durante toda la mañana, el señor maestro anduvo preocupado en busca de un método que le permitiera

descubrir al ladrón. Mil ideas distintas cruzaron por su mente y las mil las rechazó por una o por otra causa. La más lógica, la de dirigirse a sus discípulos para preguntarles: ¿"Quién de ustedes es el que le roba las ciruelas al señor cura"?, la desechó ante la certeza de que el miedo al castigo, dejaría la pregunta sin respuesta.

Por turno fué acercándose a todos sus alumnos, esperando leer en sus caras—el espejo del alma—quién era el pertinaz ladronzuelo. Pero fué inútil.

Hasta que cuando la clase iba a terminar, al maestro se le ocurrió una idea:

—Hijos míos—dijo a sus alumnos—, el señor cura ha estado esta mañana a quejarse, a darme cuenta de que uno de vosotros se dedica a sustraer las ciruelas del hermoso árbol que tiene en la rectoría. Esto es lamentable. Así pues, al culpable, no voy a imponerle más castigo que una pequeña mortificación. El que sea, debe—a no ser que prefiera no volver a poner sus pies en la escuela—

ir, cuando salga de aquí, a casa del cura y coger una ciruela que, pendiente de un hilo rojo, colgará de su cuello. Y por espacio de una semana deberá conservar pendiente de su garganta este collar acusador. Es el único castigo que le impongo.

III

Estaba el señor maestro regodeándose con su idea, y absorto en la lectura de una gramática, cuando Pedrín llegó a la escuela. Al maestro le pareció observar que Pedrín llevaba el collar infamante. Y ya se disponía a echarle una buena reprimenda, cuando Juanito penetró con un collar análogo al de Pedrín.

—¡Hola, hola!—se dijo el maestro—. ¿En qué quedamos?... Porque si ha sido el uno bien claramente se ve que no ha podido ser el otro.

Reflexionaba acerca de ello, cuando el señor cura entró rápidamente en el local. Venía hecho una furia.

—Señor maestro—gritó enérgicamente—¡esto es un escándalo! Esta mañana, como le dije, tenía cincuenta y tres ciruelas. Pues bien: ¡ya no me queda ni una! Acabo de examinar el árbol y he podido convencerme de ello. ¿Es este el modo de educar a la juventud?

Parsimoniosamente, para lucir mejor su triunfo ante el señor cura, el maestro buscó con la vista a Pedrín. Y vió como en derredor del pecho de todos los alumnos—y que acababan de entrar en la escuela, mientras él charlaba con el abate—, lucía un hilo rojo del que iba pendiente una ciruela.

¡Sólo cinco discípulos no lo llevaban puesto!

Y cuando el maestro iba a ir hacia ellos, para felicitarles, estos vinieron hacia él y le dijeron:

—Señor maestro: no crea usted que nosotros somos más hipócritas que nuestros compañeros. Pero es que como las ciruelas que había en el árbol no eran más que cincuenta y tres, y somos cincuenta y ocho alumnos, nosotros nos retrasamos un poco y cuando llegamos, ya no había ninguna. R C. R



De The Passing Show.—Londres.

—¿Qué hace su hijo de usted, aquel que se traga las monedas de cinco céntimos?

—Lo tenemos alquilado en concepto de hucha.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

R. C. H. Madrid.—Ese Café puro es de los que, en lugar de quitar el sueño, lo dan... ¡Despiértelos a las ocho, porque es que nos estamos cayendo a chorros!

Llamas. Granada.—¡Conque Llamas, eh?... ¡Pues te has fastidiado, porque no estamos en casa!...

B. P. R. Valladolid.—Es asted una mula, vistosamente enjaezada, eso sí, pero una mula.

A. G. M. Sevilla.—Corto y sosito. ¡Así, corto y claro!

L. T. Madrid.—No sirve. Y esto está más claro todavía.

N. G. G. Bilbao.—Eso está peor dibujado que una cadera del inolvidable y excelentísimo señor conde de Romanones.

V. R. C. Madrid.—No tiene usted ningún derecho para suponer que los guardias de la porra escriben sin ortografía. Por lo menos, para nosotros resultan mucho más decentes y caballeros que usted, porque, escriban como escriban, no nos envían a nosotros lo que escriben, cosa infame que hace usted en cambio y que nadie le critica.

J. R. Méndez. Cartagena.—Hasta la fecha no nos ha entrado por los ojos, ni por ningún sitio decente, una sola de sus cartulinas embadurnadas. No es culpa nuestra, sino de usted. Nosotros las miramos bien, pero usted las embadurna mal, y ahí está el lío.

M. S. C. Mahón.—Llega usted tarde y con un daño horrible.

E. E. E. Madrid.
¿Que su casero es un tío?
¡Lo mismo le pasa al mío!
Y, ya ve usted, ni me quejo ni hago versos con tal repugnante motivo.

M. R. E. Valladolid.—Aho-

ra ya sabemos lo que quiere decir que no es lo mismo ir a Valladolid que hablar con el ordinario... El ordinario es usted... ¡Y qué clase de ordinarietà, mi amigo!...

J. N. Q. Valencia.—Le publicaremos un chistecillo para que no diga. Y no le publicaremos los versos para que no diga el público. ¡que si que diría cosas si nos atreviésemos a tamaño desafuero!...

B. R. P. Huelva.
¿Versos *A mi bien querido*?
¡Que tú eso te lo has creído!
Ni a tu bien querido, ni al bien querido de nadie... Y no versos: ni prosa de la más corriente y vil... Resúmen: que ni por tu bien, ni por el bien de ninguno, hacemos el ridículo. Lo que hacemos es aconsejarte que no escribas versos. ¡Y esto sí que lo hacemos por tu bien!

C. A. F. Zaragoza.
Su cuento, asaz deshonesto, lleva por título *Incesto*; ¡y, claro, al ver eso, in cesto le he puesto!...
Pero no se apure usted, que allí está muy bien. Mejor que en ninguna parte; puede usted creerme

Renato. Vigo.—Es bastante

menos gracioso de lo que usted se habrá figurado al escribirlo y de lo que nosotros hubiésemos deseado para poderle complacer. ¡Esta vida occhina es así! ¿Por qué no será de otra manera? (Pensamiento de Kant, traducido por Eugenio d'Ors.)

Teócrito. Aranjuez.—No ha tenido usted éxito ninguno en esta casa. Lo deploramos acerbamente.

I. B. F. Madrid.—¡Es usted un redomado follón!!

R. A. Oviedo.—¡Y usted es un innoble malandrín!!

Regular. Melilla.—Usted es regular, y hasta para nosotros, que somos patriotas, puede usted llegar a ser *morrocotudo*. Pero su trabajo en verso es lo contrario que usted. ¡Vamos, que es malísimo, y no lo decimos por alabarle!

H. R. G. Zaragoza.
Su breve *Burla fonética* es algo *malapatética*.

M. F. G. Madrid.—Se acepta de buen grado *El grado de bachiller*. El otro artículo, *Veraneo en el Trópico*, resulta ya de muchos grados para que nos decidamos a admitirle.

C. O. C. Barcelona.—El di-

bujo puede pasar, y pasa. El cuentecillo, aunque no está mal *peñoleado*, no es todo lo humorístico que desearíamos.

J. C. Valladolid.—Es sosito, sosito... Y cortito... Y algo mentecato... Y demasiado insignificanteito...

L. P. M. Valencia.—No sirve su envío. Siga usted estudiando Anatomía, y a ver si llega usted a ser un Camisón. Porque literariamente, es usted una camiseta.

A. N. M. Madrid.—¿Nuestra opinión respecto a su trabajo?... Diez céntimos; y con lavabo, quince. No hay otra.

H. P. T. Madrid.—Es más malo que Mateo Morral.

Lorenzo. El Escorial.—¡Por vida de Felipe II!... ¡Otra vez (¡y van cien mil!) que no coincide usted con nuestros gustos!... Usted debe de estar ya hasta el pelo, ¿no es cierto? ¡¡Nosotros también!!

Don Germán. Burgos.
Mi querido don Germán: esa ligera interviú escrita con tanto afán, fué al cesto con *prontitú*.

Triunfante. Bilbao.—Estimado amigo y colega Triunfante: por esta vez no ha triunfado usted.

Jeremías. Madrid.
Los versos de Jeremías son doscientas tonterías. A tontería por verso; y me quedo más corto que el tren de Guadalajara.

G. L. M. Ferrol.—Su artículo es inconsistente y liviano como camisa de Celia Gámez, como tela de cebolleta o como medio litro de aire comprimido (o sin comprimir).

Conde Nao. Badajoz.—¡Si, señor! ¡Conde Nao al cesto, por sucio y por asáíra!



—¿Son tan inseparables como antes Jorge y Alicia?
—No; se han casado ya.



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la célula personal para el cobro de los Premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

— PUERTA DEL SOL, 13 —

Se encontraba un borracho sentado (porque no podía tenerse de pie) frente a una pescadería, y el dependiente vocaba:

— ¡Buena merluza hoy!

Y al cuarto pregón, el borracho, muy serio y digno, le increpó diciéndole:

— ¡Oiga usted, amigo: yo no tengo una merluza! ¡Lo que yo tengo es un tiburón!

Miguel Fernández.—Madrid.

Aragón para la fruta,
Aranjuez, para la fresa,
y para corsés y fajas —
siempre PRESA.

FUENCARRAL, 72

Consulta médica:

El doctor.—Usted lo que necesita son muchos baños, muchísimos baños; cuantos más baños, mejor.

El enfermo.—¿De A'hama, de Carratraca, de Archena...?

El doctor.—No, señor... ¡De agua caliente, que es la que mejor quita la mugre!

Victoria Hernández Sánchez.
Málaga.

Gran establecimiento de compra y venta de alhajas, ropas y efectos

Manuel Enrique Lozano

BRAVO MURILLO, 4. - MADRID
— Sucursal: Bravo Murillo, 89 —

En un restaurante horriblemente económico:

— ¡Valiente caldo me ha traído usted, camarero!

— ¿Por qué dice usted que es valiente, señor?

— Porque no tiene nada de gallina.

Arte Miotemorra.—Mieres.

El premio correspondiente al número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—Pues mi abuela tuvo un niño después de los setenta años.

— ¡No puede ser! ¡A esa edad!

— Si que estaba la pobre muy floja; pero lo tuvo un buen rato y luego se lo volvió a dar a la niñera.

P. C. P.—Alicante.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

CLICHES

se venden a precios módicos los publicados en este semanario

Entre amigos:

— ¡Chico, te encuentro muy callado esta noche! ¡No hablas nada!

— Es que como esta noche es sábado, y tengo que entenderme con la muda...

Luis Sevilla y Leoncio Relaño
Sigüenza.

El barbero.—¿Qué va a ser?

El paleta.—Córteme el pelo, pero dejándomelo bastante corto.

El oficial hace la faena. Y al final presenta el espejo al parroquiano, diciéndole:

— ¡Está bien así!

— Me parece que no—dice el paleta—. ¡Déjemelo usted un poquito más largo!

Diego Motilla.—Utrera.

JOSE ALARCÓN - DROGUERIA -

88, ATOCHA, 88

La especialidad de esta acreditada y económica drogueria la constituyen los polvos dentífricos de las mejores y más recomendables marcas. La mejor casa de España en su clase.

Merino y Navas

FABRICA DE ROPA BLANCA Y CAMISERIA

ATOCHA, 14, Y RELATORÍ S. 2

Teléfono 13330. — Apartado 566 Equipos, Canastillas, Batas para Señoras, Trajecitos, Capotas y Sombreros para Niños.

— ¿En qué se parecen los pollos peras a la lámpara Osram?

— En que lucen mucho y gastan poco

Uno que se quiere casar.

Valdepeñas de Jaén.

— ¿En qué se parecen las hermanas de la Caridad a las fábricas de calzado?

— En que las hay de-botas.

Mohamé y Mohama.—Ceuta.

Dice una señora vieja a un agente de seguros que está intentando hacerle una póliza:

— ¿Y qué prima tengo que pagar si me asegura usted la vida?

— Mil pesetas.

— Entonces, la prima quiere usted que lo sea yo.

Bernardo Narváez.—Málaga.

En un café ocupa una mesa un matrimonio acompañado de seis criaturitas.

El camarero.—¿Qué desean?

El padre.—A los chicos tráigales un chico.

El camarero.—¿Y a ustedes?

El padre.—Nosotros no queremos ninguno.

El Gato Negro de Murcia.

Francisco Díez Pamperina

Nuestro muy querido amigo señor Díez Pamperina presenta siempre en su establecimiento de la calle la Magdalena, núm. 32, las últimas novedades en papelería, objetos de escritorio y artículos de piel.— Teléfono 15123.

Entre amigos:

— Oye, Tranquilino: ¿en qué se parece una ventana bien arreglada a las faldas de las mujeres?

— ¿...?

— Pues, hombre, en que la

RAMOS

Postizos, Ondulación Marcel y Permanente, Tintes, Manicura, etc.

Perfumería. —

TELEFONO 10.667

Huertas, 7 dupdo.—MADRID

Duque de la Victoria, 4.—Valladolid

ventana tiene cortinas, y las faldas de las mujeres, más cortinas es imposible ya...

Vercelius.—Ávila.

OZONOPINO RUY-RAM

—¿Le modo que no te gustan las obras de Kant?
—Claro que no. ¿No ves que soy madrileño?
—¡Ah, es verdad! ¡Siempre se ha dicho que no se pueden ver los perros y los gatos!...
Zenpin.—Alicante.

DANDY

La mejor crema para el calzado

Entre amigas:
—Oye, Lola: ¿te has enterado de la trifulca que hubo en la boda de Paulina?
—¿Pero fué la bronca tan grande como dicen?
—¡Un desastre! ¡Hasta las chicas que llevaban la cola se pegaron!!
Jerónimo Pérez.—Barcelona.

SUSPIROS DE ESPAÑA

Vino de damas; exquisito para meriendas.

Bodegas de LOS CEAS

Case de Aritmética:
—De seis a seis, ¿cuántas van?
—Doce.
—¡Caramba! ¿Cómo?
—Sí, señor. Desde las seis de la mañana a las seis de la tarde, van doce horas.
Maro.—Campanario (Badajoz).

El colmo de un turco:
Coger una turca de Valdepeñas.
Una que escribe con la izquierda y pega con las dos.—Barcelona.

CASA JURADO

9, DUQUE DE ALBA, 9
Perfumería.—Especialidad en artículos para limpieza.—Fábrica escobas de palma.—Teléfono 52044

Un recluta está de centinela en una noche obscurísima, a la entrada de un campamento; y al

movimiento de unos papeles que agita el aire fuera de la alambrada, dispara su fusil.

A la detonación acude el cabo de guardia y le pregunta a qué obedece aquel disparo, contestando el centinela que ha matado a un enemigo.

RON BACARDI

Después de buscar largo rato, dice el cabo.
—Aquí no se encuentra al muerto.
—¿Y cómo lo va usted a encontrar, cabo de mi alma, si le he tirado a bocajarro y lo he hecho polvo?...
W. N.—Tetuán (Marruecos).

Un camarero sirve a un señor

Andar «un día quisiera»
pedía a Dios un pobre cojo
para ir a Botoneras
a comer en CASA ROJO.

una jícara de chocolate, y coloca un libro debajo de ella.

—¿Para qué me pone usted ese libro?—pregunta el parroquiano.

—Para que tome el chocolate con pastas.

Flor de Loto.—Logroño.

Chiste un poco conceptuoso, y algo abstruso, procedente de un lector de Filipinas, domiciliado en «Central La Carlota», de La Carlota, Departamento de Negros Occidental:

—¿En qué se parece el club de la «Central La Carlota» a los alemanes?

ALMA- "Los Saldos"

CENES Gran Peletería
Abrigos a mitad de precio por finalizar la temporada. Preciosos guardas de piel para señora, a 5 pesetas.

Colegiata, 2 y 4

Teléfono 14944. — MADRID 1

—En que éstos viven en república, y no pueden vivir sin marcos.

Nota.—Es que el cocinero del club se llama Marcos.

Julio Villazón.

Entre amigos chistófilos:

—¿En qué se diferencian un tren y una pera?

—En que el tren no es pera.

—¿Y la pera?
—La pera no es tren.
Uno de Villarín.—Oviedo.

Varios médicos discuten sobre el valor de las inyecciones inventadas por uno de los presentes, el cual asegura que su producto rejuvenece a los viejos y da a los jóvenes un vigor y una valentía insospechadas.

Brr... Brr... ¡Qué frío!
Lo evitaréis si instaláis las
CALEFACCIONES
GUILLAMON
Sagasta, 7 dupdo. Tel. 33875

En esto cruza un ratón por el despacho, y el inventor le trinca y le pone la inyección al instante.

Y a los tres minutos, el ratón empieza a vociferar con gran coraje:

—¡Que me traigan seis gatos, que me los como!...

K.-Nhales.—Cazalilla.

Los mejores perfumes Filocalia
para artículos de Droguería..... Filocalia
El comercio preferido por las damas..... Filocalia
No olvidarlo. Fernando VI, 10

—¿Quiénes comen más, las mujeres o los hombres?

—Las mujeres, porque toman el café con dos medias.

Rafael Avila González.—Madrid.

Entre amigos:

¡Chico, me he caído de una

Carnaval 1928

En todo Madrid siempre han llamado la atención, los

Mantones de Manila

de «La Nueva Mercantil»
PLAZA MATUTE, 6 DUPLICADO

Federico Brihuega

Material eléctrico

CARMEN, 28. — TELÉFONO 10804

escalera de ciento veinte escalones!

—¿Y no te has hecho nada?
—No, porque estaba en el primer escalón.

Plácido Delgado.—Langa de Duero.

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agusto Figueroa 8

CANAS

INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta todas partes y autor N. López Caro Santiago; y Sucursal de Barcelona, Caspe, 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pidase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro. República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

CASAS REALES 10
SANTIAGO

CUPON
Correspondiente al núm. 325 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea

Consultas grafológicas



Madriña en Donostia.—En Donostia, en Pekín, o en Carabanchel, te agradará lucirte y coquetear de lo lindo. Por lo demás, tu grafismo revela excelentes cualidades: franqueza, generosidad, talento, constancia...

Justicia.—¡Ah!, ¿pero todavía anda esa señora por el mundo? ¡cuánto lo celebró!; ¡con el tiempo que yo no la veo por ninguna parte!; ¡vaya, vaya! ¡tanto gusto!... ¡En cuanto a ti mismo, que tanto invocas a tan augusta dama, cuando cometen injusticia contigo, te enfureces horrores; pero, cuando la cosa va con los demás, te lo tomas con más calma. Completo mi informe: gustos estéticos un tanto complicados, valor agresivo y generosidad que cuasi cuasi es derroche...

India Preciosa.—Gustos de vida brillante: las plumas más preciosas y el tatuaje más policromo se te hacen poco para adornar tu preciosa personita; fuera de eso y de cierta tendencia a llevar la contraria a todo bicho viviente, tu carácter es leal, espléndido, y, a pesar de la guasa con que me escribes, consu dosis de melancolía, vulgo morriña.

Veracruzano.—¿Qué te soy conocidísimo? ¿quizá comimos juntos aletas de tiburón en pekinés bodegón? ¿Quizá en algún fumadero opiáceo?... Pero no me devano más la chinesca sese-

ra y voy a tu grafismo. Revela lógica extremada, genio franco y expansivo, cual grillo en tiempo estival, voluntad firme y unas miasmas de pesimismo que te recomiendo deseches lo antes posible.

Miren.—De idiota no tienes un cabello, a pesar de tu modestia: y cierto que yo contesto con buen humor (¿por qué me he de poner fúnebre?); pero, muy en serio, tú eres juvenil, de inteligencia viva, de voluntad constante, con algo de timidez, y con sueños de amor y de fortuna... ¡Ay! Yo también sueño a veces que mi amigo Kata Pun Chin Chín me despacha las consultas, mientras yo me ocupo (¡la distribución del trabajo!) del dulce cobro... Mas, ¡ay!, ¡que los sueños sueños son!

Pietin.—¿Conque los días de otoño son precursores de los de invierno? ¡Por Confucio que me has sacado de una duda que no me dejaba vivir ni sosegar! Claro que no hace falta ser grafólogo para deducir que la lógica de Aristóteles, comparada con la tuya, era un astrakán desconocido y una estupidez con bocio...

Eres de un aturullamiento que da espanto; no pones más atención que la que pondría una mariposa en un tratado de estadística. Ya que pones voluntad tenaz ¿por qué no pruebas a corregirte, a fijarte, a hacer las cosas despacito y bien? **Uno del Flit.**—Culto, enérgico, dueño de ti mismo; y más duro que granítica peña a requerimientos imperitinentes. Un poquitín de petulancia, ¡porque se puede!

Dearsis.—¿Conque con mi retrato deduces mi talento grafológico? Y yo de tu deducción deduzco el tuyo; si no fueses tan desordenado y zarapatundi, val-

drias un valer: franco, leal, generoso...

Luarmis-el-Hach Iberloquen.—Carácter tan tímido, impresionable y temeroso de hacer el "ridi", que en verdad te digo: eres una morcilla atada por los dos cabos. ¿Conque varios te han analizado el grafismo? Pues apostaría la coleta y la lupa a que nadie te ha dicho lo que yo; ¿a que no?

A media luz. Cádiz.—¿Cuentos chinos lo de analizar el carácter? Ahora lo veredes. Eres sociable, amable, de voluntad resuelta, aunque ligeramente apabullada por no sé qué disgustos o melancolías...

Pequeña (Barcelona).—¿Pequeña? Puede; pero, ¡qué voluntad, Buda de mi corazón! Cuando tú te propones algo, cualquiera te lo quita de la región capital; y, con lo "fuguillas" que eres, cualquiera te hace advertencias ni te da consejos. No seré yo ese cualquiera, porque me agradan más los pasteles de chantilly que los sofiones...

Retazo.—Timidez, dulzura, afectos vivísimos, sensibilidad, juventud, lagrimitas por cualquier cosa... "Voilà", que decimos en el Celeste Imperio.

Mohamé Fillol.—¿Excelentísimo yo? Según mis admiradores, soy excelentísimo grafólogo. Nada más; opinión a la cual yo no sé si deba suscribir; yo soy modesto, el rubor matiza de rosa la rosa de té de mi frente... en fin... Voy a lo tuyo. Rumboso y marchoso, franco y resuelto, ya entusiasta, ya devorado por íntima melancolía, y sin que te atemorices ni cohibas aunque veas un vagón de monos con el rabo ardiendo, que decía aquel inglés.

Nena.—Gustos complicados y enrevesados; coki-

tail", orquídeas venenosas, danzas exóticas, sueños de opio, viajes fantásticos, amores imposibles, "fiert" y "the tango". Y un horror inenarrable, formidable, incommensurable, al zurcido de medias y demás viles tareas domésticas.

Merceditas.—No, carísima. No contestar a las consultas en papel rayado. No son triquiñuelas chinas para escurrir el bulto. El papel pautado quita mucho la libertad de mano, y encajadas las letras entre líneas, no es fácil averiguar las características del escritor, ni su estado moral, ni la mar de cosas más o menos incongruentes y halagadoras.

Ros.—Aplicate todo lo anteriormente dicho. Si quieres saber cómo sois (desde el infeliz idiota al genio despampanante) hay que escribirme sin rayas; de lo contrario, no pienso quemar mis bien arqueadas cejas y mis luengas pestañas mirando garabatos occidentales.

Una temerosa.—Te han debido llamar más de cuatro veces, "hormiguita". Una respuesta a tan insensata carcajada sarcástica y estentórea debe ser tu única comparación. Porque la hormiga, a tu lado, es el símbolo del derroche, de la jueriga, de la imprudencia y de la intemperancia. Debo hacer tu elogio: la alegría culpable y está en tu temperamento. Ya lo dijo el sabio: "La virtud es más barata..."

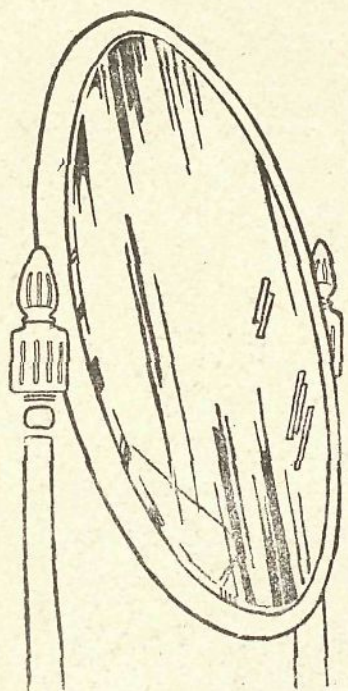
KIN-FU-FU

CUPON

valedero por una consulta grafológica

BUEN HUMOR

se vende en Medellín (Colombia) en la Librería y Papelería de Antonio J. Cano



NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA. — HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DE PRESIONES FACIALES. — SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA. — BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR. — ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE.

PEDID FOLLETOS EXPLICATIVOS.

CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

DEPOSITARIO - URQUIOLA - MAYOR. 1
MADRID

BUEN HUMOR



- Oye, ¿por qué lleva ese señor un monóculo en el ojo?
—Porque lo tiene muy débil.
—Entonces tú ¿por qué no te compras un sombrero de cristal?

Dib. SERNY.